



EL ECO DE CARTAGENA

NO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12753

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula: Un mes, 2 ptes.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

LUNES 16 DE MAYO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París A. Lorette, rue Caumartin 16; y J. Jones, Famburg-Montmartre, 31.

SOCIEDAD PROGRESIVA

CARTAGENA

BANCA.—CAMBIOS.—DESCUENTOS.—

VALORES PÚBLICOS.—CUENTAS CORRIENTES

CAJA DE AHORROS

Con 5 O/O de interés anual

Plaza de Castellini, hoy Mariano Sanz, 10, bajo.

Campana antiperruna

Declamamos en un artículo anterior que para la eficacia de la campana higiénica que se lleva á cabo contra la hidrofobia era preciso que ayudásemos todos.

Y así es la verdad. No basta el celo del alcalde—y eso que tiene mucho—para que el tiempo y el dinero que se están empleando hagan que renazca la calma perdida. Si nos propuséramos aducir argumentos para probar lo que decimos, eso lo ofrecería concisamente el caso de la niña Matilde, fallecida de modo desastroso. La muerte de esa niña es la diciéndonos á voces cuánto hay que temer á la ignorancia para no caerle entender que vive sometida al error, del cual es siempre víctima, no sólo con perjuicio propio sino también con el de los demás.

La niña Matilde Martínez fue mordida por un perro rabioso. El caso fue público porque ocurrió en poblado y por que los vecinos mataron al perro; como público es que fue llevada por su abuela á un *saludador*, para que la preservara de la rabia.

No llegó la noticia á los agentes que tiene la alcaldía en Alumbres?

¿Cultas que estorbaran la superchería del *saludador* evitando las tristes consecuencias que se han producido?

Seguramente no, por que no se formuló denuncia alguna. Pero si hay alguien que se enteró del caso y sabía que hay un procedimiento científico para evitar la rabia y que lo aplica el doctor Candido, con cuanta amargura debe haber sabido el fallecimiento de esa niña infeliz. Como le habra dolido su enorme padecer y qué arrepentido debe hallarse por su censurable indiferencia!

Y es lo más sensible,—con serio aquello tanto—que el caso no es único: tiene repetición y puede comprobarlo el señor Sanchez-Doménech con estos datos que le vamos á dar.

Hace unos cuantos días pasó por los Molinos un perro al parecer hidrofobo, que dejó huella de su paso en un hombre y dos perros. Perseguido por los que lo vieron, huyó á los Barreros y de allí á los Dolores, donde le dieron muerte.

El dueño de los perros mordidos, obrando cuerdaamente, los llevó al celador para que les administrase la estricnina; pero no teniendo á la sazón ninguna en su poder el mencionado agente de la autoridad, se les sacrificó de otra manera.

El hombre... buscó al *saludador*. Este hizo... vayan ustedes á saber lo que haría. Algún amigo recomendó al paciente que fuese á ver al doctor Candido, pero el consejo fué desatendido. Tiene tantas raíces la ignorancia en el entendimiento de los ignorantes!

Se hace preciso que en esta campana contra la hidrofobia, en la cual se hallan interesadas las gentes de tal modo que hay ya quienes se separan voluntarios de sus perros echándolos a la calle por temor a que rabien, no se reduzca el papel de los celadores á dar estricnina á los canes. Hace falta otra cosa; es preciso que denuncien al perro mordido á fin de tomar precauciones; pero, sobre todo, debe recomendarseles muy mucho que den cuenta de toda persona mordida, máxime si existe la sospecha de estar rabioso el perro que hizo el daño, para evitar que la ignorancia la estimule á buscar el *saludador*.

Si la campana del alcalde, muy digna de aplauso y extremada por lo que á él respecta hasta donde le impone la pública salud; si la campana del alcalde—repelimos—ha de ser eficaz, necesario es que todos la secunden, por deber unos, por conveniencia todos, por que sobre todos pesa la amenaza de ver desgarradas sus carnes por los dientes de un perro rabioso.

Quiera tenga un can que lo guarde... Quien lo dejó salir á la calle y al ver que pagó ó a malor lo reclame, que pague con multa su descuido. Pues cuando la tranquilidad huye de los espíritus y se hace toda clase de esfuerzos para volver á la normalidad, nadie tiene derecho á impedirlo ni por una hora ni por un instante.

TIJERETAZOS

Los japoneses nos van saliendo unos sucesos extraordinarios, que ya...

Como se creía que al oír el primer tiro en la Manchuria huirían como liebres y no ha pasado así, sino al revés, ahora todo el mundo los tiene por gigantes, cuando ayer los tenia por menues.

Cualquier día oiremos decir que hacen milagros.

Ciel los hacen ya. Una agencia que no se para en barras para telegrafiar, dice que los soldados japoneses se valen de una estrategia para no ser vistos por los rusos.

Cada soldado lleva un pino á espaldas, con lo cual resulta que cada ejército japonés en movimiento es un bosque ambulante.

Donde quiera que acampan hacen una plantación de pinos. Y mientras los rusos contemplan admirados aquel bosque nacido durante la noche, ellos, los japoneses, se relamen de gusto pensando en la próxima sorpresa.

El golpe final—según la agencia mencionada—va á ser descomulgante, digno del Japón, que en esto de guerrear ha batido el record.

Como medio auxiliar para poner de su parte la victoria, ha dotado á su ejército de unos frascos de materias concentradas, que no son otra cosa que esencia de tifus, de peste bubónica, de viruela, de cólera morbo y se los arrojan á los rusos para que disfruten de lo que llevan dentro. Así abaten los moscovitas de validos.

Parodiando á Felipe II puede decir el Czar:

—Yo envié mis ejércitos para pelear con los hombres, no con las epidemias. Y siempre es un consuelo.

Cuando se inició la campana ruso-japonesa dijimos que sería difícil enterarse por talar en la Manchuria y en Tokio.

Pero, francamente, no creíamos entonces que iba á ser tan burda la fabricación.

Ni á real y medio la docena las paga un servidor de ustedes.

TRACEMAS

TOROS EMBOLADOS

El prosaico y trágico fin del rejoneador portugués en la plaza de toros de Lisboa.

al propio tiempo que ha levantado un grito de horror en los corazones románticos, ha sido un verdadero golpe de maza para la felicitá y benemérita institución de los caballeros en plaza.

En efecto, nada mas arrogante y gallardo que la figura de uno de estos caballeros: cuya destreza sin igual mil veces ha sido cantada por los poetas, entusiasmados ante la bizarría y el valor de los acosadores de los animalitos de cuatro orejas.

Accidentes y aun desgracias en el ejercicio de tan arriesgada profesión ha habido muchos, y las crónicas taurinas están llenas de episodios de este género, pero dignísimo en hora y prer de los tan atrevidos como arrojados caballeros en plaza, todas sus desgracias han sido con lucimiento y gala, á la cabeza del toro.

La muerte del rejoneador portugués, no amengua en nada el clásico y tradicional valor de los caballeros en plaza, pero resulta tan antiepitética, tan repida con los usos y costumbres de la caballería torera y tan brutal bajo todos conceptos, que no inspira otro sentimiento que el de un invencible horror.

El relato de la trágica escena pone los nervios de punta.

El rejoneador se dirigió donosamente al toro, el caballo se encabrita, la fiera acomete y de la tremenda embestida resulta todo el grupo en tierra; en la que recuerda algo las aporreaduras y caídas que en la Venta encantada sufrieron don Quijote y su fiel escudero, con Martines, en el cuadrillero, el arriero y el ventero, solamente que en Lisboa las consecuencias fueron más terribles, porque así como daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, sin darse punto de reposo, del mismo modo, el toro portugués daba con sus pitones embolados charredos de espaldas á la cabeza del desventurado caballero, hasta dejarle exánimo y sin vida, con el cráneo roto y los sesos en mitad del ruedo, entre los alaridos de espanto de la multitud estremeada.

No tan brutalmente, pero en análoga y tan desigual lidia perecen generalmente á manos de gentes ignorantes y mal intencionadas las buenas reputaciones de quienes con su esfuerzo y su valor á redimir almas encenagadas en la barbarie modernista, sin conseguir otro premio ni recompensa que perecer aporreados y cocados, si no materialmente como el desdi-

más severa disciplina, y tanto con su ejemplo como con sus órdenes severas, habia impedido que sus soldados contribuyesen á fomentar aquella animosidad implacable del país, o yos efectos se hacian sentir de una manera tan terrible.

dejaron los mejores girones de sus gloriosos estandartes.

Pues esta falta de moderación, los excesos de la soldadesca y las medidas de rigor, como en país conquistado que cada jefe y aun cada comandante de puesto se permitieron tomar, hicieron que los pueblos exasperados, que los esposos, los padres, los hermanos ultrajados procuraran vengar los ultrajes y agravios recibidos, lo que en un país donde hasta las contiendas particulares toman con frecuencia caracteres de colectividad alarmantes entre barrios, y barrios de una mismo pueblo, pueblos y pueblos tal vez regidos por una misma autoridad y aun entre provincias limítrofes, hizo enemigos apasionados é implacables de los franceses á milanes, que de otro modo hubieran permanecido indiferentes á un cambio de dinastía, que era lo más aparente del nuevo orden de cosas introducido por la influencia del emperador, á consecuencia de las abdicaciones, protestas, contra protestas, querrelas intestinas y humillantes pretensiones de la familia destronada.

Jorge, á quien su buen juicio é ilustración ponian de manifiesto todas estas circunstancias, habia puesto todo su empeño en mantener á su regimiento en la

España es el país de los extremos; donde los odios y las discusiones políticas se agudizan; más terribles resultadas; le cualidades hereditarias que están en el espíritu público el sentimiento de nacionalidad, y la independencia y firmeza del carácter indomable de su pueblo.

La educación, el trato, ciertos hábitos de jefe y el roce con los extranjeros, podrán amartillar en las grandes ciudades los tintos más pronunciados del